

to es, una piedra ó ara consagrada, en que pudiese mandar decir misa en su presencia, contra la práctica de los griegos, los cuales se servían para esto de un cuero, de un lienzo, ó de un pedazo de tela bendita. Pero Paleólogo no debía permitir que se celebrase misa en su altar sino por un sacerdote latino (1). En cuanto á los socorros temporales, le dió Urbano cartas de recomendacion para varios Príncipes cristianos, y en particular para la Reina Juana de Nápoles, y para Felipe, Príncipe de Tarento, por cuyos estados habia de pasar. Parece que el Emperador se retiró muy contento por lo bien que le trató el Papa, y con las disposiciones mas favorables en orden á la unidad católica.

57. Procuró tambien el Papa Urbano extinguir el cisma, ó á lo menos detener sus progresos en las estremidades del imperio de Constantinopla (2). Clara, viuda de Alejandro, vaivoda de Valaquia, Princesa piadosa y muy adicta á la verdadera fe, tenía dos hijas casadas, la una con el Rey de Bulgaria, y la otra con el de Servia: y habiendo sabido el Papa que habia librado á la primera del error del cisma, la escribió para darla el parabien de este feliz suceso, y para exhortarla á que trabajase igualmente en la conversion de la segunda. Exhortó tambien al jóven vaivoda de Valaquia, llamado Ladislao, á que abandonase el cisma. Estando ya resuelto Lasco, duque de Moldavia, de la mis-

(1) *Du Cange. Gloss. Græc. p. 85.* (2) *Vit. Pap. Aven. t. 1. p. 388. = Rain. ann. 1370. num. 5.*

ma nacion de los válicos, á abandonarle por consejo de algunos frailes menores, creyó el Papa que no debía dejar mas tiempo aquella provincia bajo la dependencia del obispo de Halits, en Rusia, el cual era cismático, y por otra parte estaba muy distante de ella. Escribió, pues, en estos términos al arzobispo de Praga y á los obispos de Breslau y de Cracovia: „Si veis que el duque Lasco y sus vasallos quieren abrazar sincera y firmemente la fe católica, hareis que ellos, ó los que os parezcan mas á propósito entre los de su nacion, abjuren en público el cisma; despues eximireis á la villa de Cereto y á todo el ducado de Moldavia de la jurisdiccion del obispo de Halits, y de cualquiera otra persona eclesiástica, de suerte que este país esté únicamente sujeto á la santa Sede en lo espiritual; y por último, erigireis á Cereto en ciudad y en obispado, cuya diócesis comprenderá todo el ducado de Moldavia.” El duque Lasco abjuró efectivamente, y desde sus estados se esparció la luz de la salvacion á los países vecinos, especialmente á la Bosnia, á la Rascia y al Basarat, adonde acudieron muchos misioneros franciscanos, y convirtieron millares de hereges cismáticos.

58. Pero habiendo muerto la mayor parte de los excelentes misioneros que tenía este orden en Tartaria, á causa del mucho tiempo que habia pasado desde que los enviaron á aquel país los predecesores de Urbano V, creyó este Pontífice vigilante que no debía olvidarse de unas iglesias recién estable-

cidas, en las cuales empezaban á escasear los pastores (1). Envió, pues, muchos individuos de la misma religion para que los reemplazasen, y dió facultad á Guillermo de Prat, general de la orden, á quien hizo arzobispo de Chambalú y vicario general del Catai, para llevar consigo doce compañeros elegidos á su arbitrio. Les dió Urbano muchas cartas que muestran á lo menos que los tártaros se preciaban de mirar con benevolencia y respeto al que era Cabeza de los cristianos. Habia una carta para su Emperador ó gran Kan, otra para sus diferentes Príncipes, y otra para el comun de la nacion. El Pontífice exhortaba á todos á que favoreciesen al arzobispo, á sus compañeros y á los cristianos nuevos, y á que se aprovecharan ellos mismos de la luz resplandeciente que el cielo les enviaba. Llevaban tambien los misioneros una carta que sin duda debian entregar durante su viage, y se exhortaba en ella al clero de Grecia á que imitase á su Emperador en la abjuracion del cisma.

59. Al mismo tiempo que Urbano V cuidaba de estender su solicitud pontificia á unos paises tan distantes, atendia tambien á la edificacion de los domésticos de la fe, y en especial de una porcion tan privilegiada de la casa del Señor como son las órdenes religiosas. El monasterio de Monte-Casino, antiguo modelo de regularidad para el orden de San Benito y para todos los demás por espacio de muchos años, habia caido en una relajacion que

(1) *Vading.* 1370. num. 12.

no se pudo ocultar al Papa luego que estuvo en Italia (1). Era tan grande el mal, que fue preciso echar del monasterio á los monges arrogantes y vagamundos que se habian establecido en él. Fue tambien indispensable suprimir el obispado que habia creado en aquella casa el Papa Juan XXII, y que solo servia de aumentar su orgullosa indocilidad. El Papa Urbano llevó despues monges virtuosos de varios monasterios en que habia una observancia exactísima, y creó un abad digno que halló entre los camaldulenses, no habiendo hallado otro tan de su gusto en los monges benedictinos. Era éste Andrés de Faenza, hombre de una piedad eminente, de una regularidad perfecta, muy versado en la vida interior y en los negocios políticos. Pero su modestia, igual á su mérito, opuso la mayor resistencia, y fue necesario recurrir á la fuerza para ponerle en posesion. Como la ruina de los edificios, causada por un terremoto, y el mal estado de los negocios temporales habian contribuido mucho á que decayese la observancia, medió eficazmente el Papa con la Reina Juana para que devolviese al monasterio los derechos de que le habian despojado los últimos Reyes de Navarra. Dispuso tambien Urbano V que en el coro no hiciesen uso del salterio romano los monges de aquella casa, y que se arreglasen al galicano (2).

60. Para entender bien este punto de disciplina, es necesario tomar las cosas desde su origen. En

(1) *Vit. PP.* p. 389. (2) *Bullar. Magn. tom. 1. p. 206.*

los primeros tiempos tuvo la iglesia occidental una version latina de los salmos, egecutada, no con presencia del hebreo, sino del griego de los Setenta, que era mas célebre que el testo original. Pero á fines del siglo cuarto se vió que esta version latina era defectuosa, y San Gerónimo la corrigió al principio muy á la ligera y despues con mucho mas cuidado. Los Salmos corregidos de este segundo modo formaron el salterio galicano, llamado así por el uso antiguo y constante que hizo de él la iglesia de Francia. Refiérese su institucion á San Gregorio de Tours, y con mucha mas razon á San Bonifacio de Maguncia, que le llevó desde Roma á las iglesias de la Galia y de Germania, de donde se estendió insensiblemente á las demás iglesias. En fin, el concilio de Trento le declaró auténtico, y decidió que era una parte de la Escritura contenida en la Vulgata. El salterio romano, llamado así porque hacia mucho tiempo que estaba adoptado en Roma, y la antigua edicion de los Salmos segun la tenian los ultramontanos antes que la corrigiese San Gerónimo, y aun despues de la primera correccion, apenas se usa en otra parte que en la iglesia de San Pedro de Roma, que la habrá conservado verosimilmente por respeto á la antigüedad de este monumento. El *Venite exultemus*, segun se reza en los maitines, está tomado de esta version, como tambien muchos fragmentos de los Salmos que se hallan en el misal romano. Pero el salterio galicano fue preferido al romano en los demás países,

concurriendo á elló los mismos Papas, y en particular Urbano V, que no olvidaba nada de cuanto podia contribuir en Italia al restablecimiento y á la perfeccion de la disciplina.

61. Tales eran los felices y rápidos efectos de la presencia del primer Pastor en el lugar natural de su residencia, cuando Urbano, por una mudanza que apenas puede concebirse, publicó inopinadamente el designio que tenia de volver á Aviñon, pareciendo á todos que lo que se decia del deseo de restablecer la paz entre Francia é Inglaterra era un mero pretesto. Ya estaba el Papa fuera de Roma, en Montefiascone, sitio que parecia haberle agradado mucho, y antes de ausentarse quiso aumentar el sacro colegio con dos cardenales. El primero fue Pedro de Estaing, de una casa antigua de Ruerga, que ha dado muchos hombres insignes al estado y á la Iglesia; y el segundo Pedro Corsini, natural de Florencia, de una familia noble y muy distinguida desde entonces.

Entretanto Pedro de Aragon, aquel piadoso Infante que continuaba honrando con sus virtudes el órden de San Francisco, y habia animado al Papa Urbano para que restituyese á Roma la Silla apostólica, se quejó á él con mucha energía de una mudanza que iba á acabar con todo el fruto de su vuelta feliz (1): „mudanza (decia en tono profético) menos á propósito para sofocar la discordia que para producir el cisma.” Por otra parte, Santa Brígida,

(1) *Vit. t. 23. pag. 396.*

que habia ido desde Suecia á Roma para impetrar la confirmacion de su regla, protestó que tenia revelacion de la Santa Virgen de que si el Papa volvia á Aviñon, moriria al llegar á aquella ciudad.

62. Gozaba Santa Brígida, por sus virtudes, por su nacimiento y por su carácter, de un alto aprecio que daba gran peso á su testimonio. Era esta Santa de una casa de las nobles de Suecia, y se habia casado á los trece años con un caballero igualmente ilustre, llamado Vulfon. Despues de haber tenido ocho hijos convinieron uno y otro en guardar perfecta continencia. En este estado, fueron juntos en clase de peregrinos á Santiago de Galicia, y al volver tomaron la resolucion de abrazar la vida religiosa. Vulfon murió antes de realizar este pensamiento. Brígida redobló en su viudéz las austeridades y las limosnas, y poco despues fundó en la diócesis de Lincop un monasterio dividido en dos, para sesenta religiosas y veinticinco frailes del orden de San Agustin. A unos y á otros les dió unas constituciones que decia habérselas revelado Dios, y cuya confirmacion obtuvo del Papa Urbano.

Por todas estas razones, la prediccion de la Santa acerca del regreso de este Pontífice á Francia hizo mucha impresion en el ánimo del cardenal de Beaufort, hombre muy honrado, á quien veremos muy en breve elevado á la dignidad pontificia con el nombre de Gregorio XI, pero no se atrevió á participársela á Urbano. Viendo esto Brígida, hizo que su confesor Alfonso, obispo de Jaen, escribiese

de su puño las palabras siguientes: „la voluntad de Dios es que el Papa no salga de Italia, sino que permanezca en ella hasta la muerte. De lo contrario será borrado desde luego su nombre del número de los vivientes para ir á dar cuenta al Juez terrible de vivos y muertos.” Se arma de valor, arrostra todos los desdenes de la vana sabiduría del siglo, va á ver al Pontífice, y le presenta el anuncio fatal. Pero estaba ya echada la suerte: Urbano salió de Montefiascone el dia 26 de Agosto, fue á embarcarse á Corneto, tomó tierra en Marsella, y desde allí pasó á Aviñon el dia 24 de Setiembre del año 1370.

63. Brígida se dirigió inmediatamente á Nápoles, y despues á Sicilia, desde donde volvió á Roma; allí se creyó inspirada para ir á Jerusalem, aunque tenia setenta años, y se puso en camino con su hija Catalina. Luego que llegó á la tierra santa, visitó todos los santos lugares, entre los cuales es de notar que sus historiadores encuentran el cuarto de la Anunciacion, esto es, la casa en que vivió la Virgen en Nazaret. Habiendo vuelto Brígida á Roma, murió allí santamente. Su cuerpo fue trasladado á Suecia por disposicion de su hija, y colocado en el monasterio de Vastein, que habia fundado la Santa. Los muchos milagros que se hicieron en su sepulcro, movieron al Papa Bonifacio IX, á pesar de las turbulencias del gran cisma, á colocarla en el número de los santos en el año 1391, diez y ocho despues de su muerte.

64. La prediccion que habia hecho á Urbano V no fue el menor de sus prodigios, y todos los que juzgaron de ella por el suceso, la miraron como si hubiese sido una voz de Dios. Apenas llegó á Aviñon este Pontífice, quiso ir en persona á negociar la paz que motivaba su regreso: y ya habia hecho algunos preparativos para este viage, cuando le acometió una enfermedad, de la cual creyó que moriria muy pronto. Murió en efecto el jueves 19 de Diciembre del año 1370, con las santas disposiciones que debian esperarse de toda la serie de su vida, pero condenando el error que habia cometido volviendo á Aviñon. Dicen que poco antes de espirar hizo que le llevasen delante de un altar del Príncipe de los Apóstoles, y que puso por testigos al cielo y á la tierra de que no se le debia atribuir á él aquella falta, sino á los que lo habian dispuesto de tal modo que le pareció casi inevitable (1). Otros añaden que hizo voto de volver á Roma, si Dios le conservaba la vida. Como quiera que sea, esta falta, ó llámese descuido, no impidió que se invocase á Urbano V inmediatamente despues de su muerte, que se colocase su imagen en los altares, y que se tratase de colocarle solemnemente en el número de los santos (2). Si no se verificó esta canonizacion, sin embargo de haberla solicitado todos los Soberanos que obedecian á Clemente VII, alegando una infinidad de tes-

(1) *Petrarc. Rer. Sen. lib. 13. ep. 13.* (2) *Rain. ann. 1370. num. 9.*

timonios á favor de su virtud y milagros, debe atribuirse á las turbulencias del cisma, las cuales impidieron el juicio definitivo de la Silla apostólica.

65. Para convencerse de esta verdad, basta pasar la vista por las acciones de este santo Pontífice. Era naturalmente benéfico y liberal; magnífico cuando se trataba del culto divino y de las fundaciones religiosas, habiendo sido autor de muchas de ellas; y tan moderado con respecto á sus parientes, cuyo punto puede mirarse como la piedra de toque de las virtudes de un Papa, que apenas tiene egemplar en esta parte (1). Solo se cuentan dos que disfrutasen de sus beneficios, á saber; su hermano, que fue asociado al sacro colegio á instancia de los mismos cardenales, y un sobrino que por su doctrina y piedad fue promovido al obispado de San Papoul. No permitió que su padre aceptase seis-cientas libras tornesas de renta que por respetos suyos quiso darle el Rey de Francia; pero era en extremo liberal con los pobres; se informaba de todas sus necesidades con la solicitud propia de una tierna madre; se declaraba protector de todos aquellos que se veían injustamente perseguidos; colocaba, segun su clase, á las doncellas cuya virtud estaba espuesta por razon de la indigencia que padecian; libraba de la miseria á las familias pobres y honradas, y procuraba eximir las tambien de la confusion que es consiguiente á ella. Era gran protector de las letras; fundó un colegio en Mompellér

(1) *Vit. t. 1. p. 292. et. seq. = Bzov. ann. 1370. num. 16.*

para doce estudiantes de medicina, y durante su pontificado sostuvo un millar de escolares en varias universidades.

Lejos de gustar del fausto, y de engreirse con la gloria y la grandeza de que á pesar suyo estaba rodeado; cuando veía á los Monarcas postrados á sus pies, referia á la Cabeza adorable de la Iglesia los homenajes que se tributaban á su Vicario, y decia interiormente: „á vuestro santo nombre, Señor, es debida únicamente toda la gloria, y no á nosotros.” Tan distante de la vida afeminada como de los proyectos de la ambicion y de las ilusiones de la soberbia, no era tanto su régimen el de un Papa como el de un monge austero. En la cuaresma y el adviento no comia hasta el anochecer; ayunaba á pan y agua todos los miércoles, viernes y sábados del año, y en los demás días partía con los pobres una mesa abundante, pero cubierta de platos comunes, y santificada con lecturas piadosas. Conservó siempre el hábito de San Benito, sin dejarle ni aun para dormir, y en el cuarto retirado en que habitaba con mayor complacencia, no habia cosa que no representase la pobreza de un simple religioso. Juntamente con el espíritu de penitencia tuvo el de piedad, y el amor á la oracion y al recogimiento; se confesaba casi todos los días, celebraba misa con mucha frecuencia, rezaba el oficio divino en las horas correspondientes, y además el de difuntos.

Por lo que toca á las obligaciones de primer pas-

tor, se dedicó invariablemente y con todo su poder á desterrar de la corte romana y de todas las iglesias el desorden de las costumbres, la simonía, el espíritu de interés, la lentitud en el despacho de los negocios, y generalmente todos los artificios de la codicia, disfrazados con cualquier pretexto que fuese. Daba audiencia por sí mismo con mucha puntualidad, y se vieron pocos Papas tan infatigables y tan activos para despachar á los pretendientes. A pesar de las serias ocupaciones de una vida tan laboriosa y austera, no se desmintió jamás su dulzura, su afabilidad, su popularidad y su paciencia. Hasta el último aliento tuvo abiertas las puertas de su cuarto para dejar á todos los fieles de todas clases una entrada libre de modo que pudiesen ver á su pastor y á su padre. En todo el discurso de su Pontificado, que fue de ocho años, un mes y diez y nueve días, no hubo nadie, segun el testimonio del Petrarca, censor tan rígido de los Papas franceses, que pudiese quejarse de su gobierno, ó de sus modales (1).

66. Despues de los diez días destinados al luto de la iglesia romana, entraron los cardenales en cónclave, y al día siguiente por la mañana, 30 de Diciembre, eligieron unánimemente y como por inspiracion á Pedro Rogerio de Beaufort, de cuarenta años de edad, y veintidos de cardenalato. Era sobrino de Clemente VI, é hijo del conde Guillermo de Beaufort, que vivia todavía, y vió Papas

(1) *Rer. Sen. lib. 13. ep. 13.*